

# *El Silencio; una ruta compartida entre María Zambrano y Ibn 'Arabî*

*“El vasto mundo: un grano de polvo en el espacio.  
La vana ciencia de los hombres: palabras.  
Los pueblos, las bestias y las flores de  
los siete climas: sombras.  
El fruto de tu continua meditación:  
Nada”.<sup>1</sup>*  
Omar Khayyam, the Ruba'iyat



Puede ser el Silencio, la nada, *guía*, es decir, una forma de conexión con la Realidad última o Verdad?

La nada, como podemos ver en este poema, es algo a lo que llegamos tras una continua meditación, y se nos aparece, ante todo, como un estado del ser, equivalente, podríamos decir, a un Silencio interior. La nada no es el objetivo, sino más bien el camino, la forma de ir a buscarlo, en donde el objetivo de este caminar no es otro que el de llegar a la verdad de las cosas, a lo que algunos llaman la Realidad última.

Si en Zambrano vemos un ejercicio constante de inmersión en las esferas más profundas

del ser para encontrar ahí la palabra verdadera, que es imagen de la esencia más pura de la vida, no debemos pasar por alto la forma en que realiza esta labor. Las transformaciones que para ello la autora padece y las formas de acceso a los *ínferos* que Zambrano nos invita a revivir con sus palabras a medida que realiza el proceso, adquieren un matiz un tanto místico, en cuanto que escapan a la estructura de creación de pensamiento que entendemos por Racional. Semejante tarea tiende a parecerse de forma especial a las prácticas meditativas que encontramos en los textos sufíes.

El sentido de este trabajo es poner de relieve dos actitudes, la de María Zambrano y la del célebre místico sufí del s.XIII, Ibn 'Arabî, que coinciden ambas en tomar, por así decirlo, una ruta muy parecida para llegar a la verdad y comparten una misma manera de entender las formas de llegar a ella. Su filosofía nace a partir de las experiencias que uno y otro tienen al hundirse en el Silencio, con la pretensión de llegar a lo que en Zambrano es entendido como el saber de la vida, y lo que en Ibn 'Arabî pertenece al saber de lo Absoluto.

---

<sup>1</sup> *Ruba'iyat*, Omar Khayyam. Poeta, filósofo y astrónomo persa del s.XI. Biblioteca Virtual Universal.

En *Hacia un saber sobre el alma*, encontramos un texto de María Zambrano de carácter más bien autobiográfico, ‘Diotima de Mantinea’, en donde se refleja uno de estos momentos en que la autora se adentra en las zonas oscuras de una totalidad relativa, navegando en la nada sin palabras ni guías, observando todo lo que le acontece e identificándose con la pura realidad; “Y aquel día fui muerta y sepultada, mientras yo, sin apercibirme, atendía inmóvil al rumor lejano de la fuente invisible. Recogida en mí misma, todo mi ser se hizo un caracol marino; un oído; tan sólo oía. Y quizás creía estar hablando, cuando las palabras sonaban tan sólo para mí, ni fuera ni dentro; cuando no eran ya dichas, ni escuchadas, tal como yo había soñado deberían de ser las palabras de la verdad”<sup>2</sup>. Es un momento cumbre en el que la autora se vacía de sí misma para ser sólo receptáculo de vida, para permitir que la *fente invisible* se apodere de ella, símbolo con el que Zambrano evoca el flujo del saber de la vida.

Una fuente que es invisible de la misma manera en que encontramos, en el Corán, la Luz de los Cielos y la Tierra, símbolo de Dios o lo Absoluto, la cual es también invisible a los ojos humanos, pudiéndose ver sólo con la mirada íntima del corazón<sup>3</sup>. El corazón, para los sufíes, es como un órgano de la intuición, del conocimiento superior o Gnosis, idea que comparte enteramente Zambrano, como se puede apreciar en su fragmento “La metáfora del corazón”<sup>4</sup>, en donde amplifica, asimismo, la idea del corazón como “símbolo y representación máxima de todas las entrañas de la vida”.

Volviendo al texto anteriormente mencionado, vemos que en este proceso de olvido de la subjetividad, pues ella deja de *apercibirse* a

sí misma para fundirse con la realidad envolvente y captar la verdad sin delimitaciones subjetivas o racionales de la mente, impera de alguna forma la imposibilidad de hablar, en una especie de convivencia con el silencio. Los místicos sufíes padecen un suceso muy similar cuando quieren adentrarse en los latidos primeros de la vida para que se les revele la verdad. Ellos lo nombran como el estado de “animalidad”, es decir, volver a un estado animal en el que se abandona cualquier actividad de la Razón y se deja de ejercer por completo la facultad del pensamiento. De modo esquemático diremos que este nivel de “animalidad” es el primero de cinco, considerado como el de la presencia de los Sentidos, seguido por el nivel de la presencia de las Imágenes, el de la presencia de los Espíritus, el de la presencia de los Intelectos y finalmente el de la presencia de la Esencia, o lo Absoluto. Éstos, que son los cinco grados posibles, según Ibn ‘Arabî, de manifestación del ser, se pueden percibir simultáneamente en un momento de máxima experiencia de la “animalidad”. En esta fase, tal y como explica el filósofo japonés Toshihiko Izutsu<sup>5</sup> en su obra *Sufismo y taoísmo*, el hombre recibe cierto tipo de intuición mística, como una especie particular de “revelación”, y en ella el silencio es esencial. Así lo expresa, de forma clara y concisa, el místico sufi Ibn ‘Arabî, en un texto de carácter también autobiográfico, perteneciente a su obra *Los engarces de la sabiduría*: “Una vez, tuve un discípulo que alcanzó este tipo de “revelación”. Sin embargo, no guardó silencio respecto a su [experiencia]. Ello demuestra que no había realizado su animalidad [de una forma perfecta]. Cuando Dios me hizo llegar a ese estadio, realicé mi animalidad por completo. Tuve visiones y quise hablar de lo que había presenciado, pero no pude. No había diferencia real entre mí y aquellos que son mudos por naturaleza”<sup>6</sup>.

<sup>2</sup> María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, ed. Alianza, Madrid, 2002.

<sup>3</sup> Ibn ‘Arabî, *Tratado de la Unidad*, traducido y comentado por Roberto Pla, ed. Sirio, Málaga, 1987.

<sup>4</sup> María Zambrano, en *Hacia un saber sobre el alma*, cit., vid. “La metáfora del corazón”.

<sup>5</sup> Profesor honorario en la Universidad japonesa de Keio.

<sup>6</sup> Ibn ‘Arabî “Los engarces de la sabiduría”, texto recogido en *Sufismo y taoísmo. Ibn ‘Arabî*, vol.1, de Toshihiko Izutsu, Ed. Siruela, Madrid, 1997.

Es curioso cómo Zambrano describe esa nulidad para articular palabras en ese magma vital silencioso de una forma realmente similar a la manera de Ibn 'Arabî, como si de una especie de estado de animalidad en ella se tratase. Lo vemos en el mismo texto de "Diotima de Mantinea", donde continúa diciendo: "Me fui volviendo oído y al volverme para mirar, nadie me escuchaba. Sin recinto sonoro me adentré en el silencio, soy su prisionera, y aunque hubiese aprendido a escribir no podría hacerlo." Dentro de una soledad circunstancial, Zambrano entra en contacto con el ser de la vida en el preciso instante en que se permite hundirse, sin temor ni recelo, hacia esas profundidades del Silencio. Durante el descenso, el silencio va llenando su esfera interna, hasta llegar a la nada absoluta, en donde la autora finalmente se encuentra con el punto de inicio, que no es otro que la pulsación vital, el principio de vida: "Y el silencio se ahondaba aún más y se abría en sus adentros. Comienzan así a sentirse las puras vibraciones del corazón de los astros, de las plantas y de las bestias y del corazón sagrado de la materia". Se llega a un umbral que es, como ella misma dice, "abismo donde toda vibración, todo latido, entra para pasar a ser vida".

En esta lenta transformación se va insertando poco a poco un silencio latente, plataforma ideal para percibir este entorno que permitirá recuperar la conexión perdida entre el ser sujeto, como ser escindido siempre de la vida, y el ser Absoluto, la vida en sí.

Si nos fijamos en el proceso zambrano, a la par que nos acercamos a los textos de Ibn 'Arabî, veremos que ambos coinciden en algunos puntos clave, como por ejemplo, en lo que se refiere al tratamiento de la mente. En este punto me gustaría hablar concretamente del *silenciamiento* de la mente y de la actitud que se debe tomar frente a la voluntad de que-

rer llegar a la Realidad última, prescindiendo del uso corriente de la razón.

En Zambrano podemos hablar del uso de la Razón Poética, como instrumento ideal para alcanzar esa verdad, y en Ibn 'Arabî lo vemos representado bajo el uso de la Luz de la intuición, como queda reflejado en el siguiente texto de su *Tratado de la Unidad*:

"Cuando tu ignorancia cesa alcanzas la paz, porque tu unión es tu separación y tu separación es tu unión, tu alejamiento, una aproximación y tu aproximación una partida.

Siendo así que te vuelves mejor, cesa de razonar y comprende por la Luz de la intuición, sin la cual te olvidas de Sus rayos", haciendo referencia a los rayos de la luz absoluta, que es Dios. Es importante, en la mística sufi, ese juego de combinación de contrarios, que permite llegar a un punto inicial en el que esta combinación acaba dando como resultado la unión sin diferencia, que es a la vez el todo y la nada.

Entrar en esta nada supone conectarse con la Realidad misma, derretirse uno para ser y sentir *el* Todo, ser llama a la vez que consciencia de llama. Uno debe dejar de ser sujeto para poder fundirse en la Unidad, sin separación ni diferencia. Y lo que más nos interesa subrayar aquí es la nada subjetiva, es decir, la acción des-subjetivadora que debe realizar todo sujeto que pretenda conocer esa Realidad pura, como una vuelta a la Vida, a la cosa en sí, en una especie de proceso fenomenológico *desintencionado*. El primer paso a seguir, para el sujeto que emprenda este camino, es el de anular la autoconciencia de sí, olvidarse de uno mismo y de sus cualidades subjetivas. Ibn 'Arabî, en el *Tratado de la unidad*, expresa esa idea de vacío interior de una forma drástica: "Lo que quiero decir es que tú

<sup>7</sup> María Zambrano, *Las palabras del regreso*, edición y presentación Mercedes Gómez Blesa. Ed. Amarú, Salamanca, 1995.

no eres, o posees tal o tal cualidad, que no existes y que no existirás jamás, ni por ti mismo, ni por Él, en Él o con Él. Tú no puedes cesar de ser, porque no eres. Tú eres Él y Él es tú, sin ninguna dependencia o casualidad. Si alcanzas a reconocer en tu existencia esta cualidad de la nada, entonces conoces a Alá. En otro caso, no”. Debemos tener en cuenta que en sus escritos Ibn ‘Arabî usa a veces el término Alá en un sentido más bien ontológico, para designar lo Absoluto, o Realidad Suprema, y no tanto en un sentido propiamente religioso. Entonces, en este escrito podemos ver que es sólo a través de la nada interior, del silencio racional y sensorial, como se llega al conocimiento puro.

Para Zambrano, el Silencio es la plataforma indispensable que permite la entrada del saber en el ser humano, siendo por tanto, un estado privilegiado, tal y como nos lo explica en *Las palabras del regreso*, en donde le confiere el indefectible estatus de ser “presupuesto de la humana condición y exigencia de su cumplimiento”<sup>7</sup>.

Por tanto, tenemos un Silencio que se nos presenta como posible *guía o ruta* para llegar al centro del conocimiento, como un método sin querer serlo, pues es vacío absoluto.

La vía mística parte de un silencio absoluto, igual o comparable a la más extrema humildad, y en Zambrano se da una comprensión del silencio como la base inicial de donde podrá surgir más adelante la palabra creadora.

En *Las palabras del regreso* María Zambrano habla del silencio como una totalidad de ser, una identificación pura entre el ser y el estar que permite esta conexión nuestra con nuestro mundo: “Es un absoluto, un ser y no ser; un moverse en este mundo de la relatividad que hemos creído tan salvadora de lo absoluto de nuestro pobre ser, obligado a ser”. Es un no ser en cuanto dejamos de ser un nosotros, y pasamos a ser un Todo, sin descripciones ni limitaciones de tipo concluyente. Pero dentro de este no ser, germina el nuevo ser, la aurora que es raíz del sentir originario, por eso Zambrano afirma con toda seguridad en un fragmento del texto *De la Aurora*: “Lo que es negación, o más bien negativo, constituye la forma más acuciante del hacer; así sucede con el silencio”<sup>8</sup>.

Si, además de lo anteriormente dicho, el silencio puede llegar a ser la forma más acuciante del hacer, como vemos en esta última cita, podemos entonces responder a la pregunta del inicio de este trabajo, afirmando que el silencio puede ser guía del actuar, en tanto que indica, insinúa y a la vez conecta directamente al sujeto con el ser mismo de la vida.

No hay más que silenciar la mente para que la nueva palabra salga con ímpetu a la luz, a la consciencia, y nos libere de la ignorancia en la que nos sentimos inmersos. El silencio tiene el poder de sacarnos de la falsa sensación de estar separados, escindidos de la vida por nuestras angustias y tormentos, y volvernos a integrar, como de hecho lo estamos aunque sin saberlo, en la vida.

<sup>8</sup> María Zambrano, *De la Aurora*, cap.III “El Rumor”. Ed. Turner, Madrid, 1986